

## El Santiago de Pinochet: represión, autoritarismo e institucionalización (1973-1981)

Pinochet's Santiago de Chile: repression, authoritarianism, and insitutionalization (1973-1981)

Gonzalo Cáceres\* & Rodrigo Millán\*\*

\*Pontificia Universidad Católica de Chile.

\*\*Universidad Diego Portales, Chile

### Abstract

Since its first days, Pinochet's dictatorship expurgated, redefined and redennominated the urban legacy of Salvador Allende's government. These symbolic operations were shaped through public commemorations. Some places in Santiago's central areas, as same as in some peripheral places, became the visual scenario on which dictatorship built its public design almost without any contestation. As part of its way to institutionalize itself, the militar regime made its effort to associate in the public space the image of Bernardo O'Higgins –the national founder- with Pinochet's figure. A whole program of public squares, monuments and buildings testify the attempt of consolidating a unipersonal political project.

### Resumen

La instalación de la dictadura liderada por Pinochet significó el borramiento, la resignificación y la redennominación de parte de la herencia urbana de la Unidad Popular. Estas operaciones simbólico-expresivas se alimentaron de conmemoraciones públicas. Algunos lugares en el centro y la periferia de Santiago, devinieron en plataforma visual de una dictadura que casi no tenía contestación pública. Convertida en escenario activo para su institucionalización, fracciones del Santiago bajo dictadura conocieron una serie de intervenciones escenográficas que buscaron asociar la imagen de O'Higgins a la figura de Pinochet. Una batería de plazas, monumentos y edificios testimoniaron el intento por cristalizar un proyecto unipersonal.

Santiago de Chile - dictatorship - Pinochet, public commemorations.

Santiago de Chile - dictadura - Pinochet - conmemoraciones públicas

\*Historiador y Planificador urbano. Académico del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, PUC Ch/CEDEUS.

\*\* Sociólogo y Planificador urbano. Investigador del Laboratorio Ciudad y Territorio, Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño, UDP.

## Introducción

Santiago cambió de golpe. El Terrorismo de Estado mudó la vida urbana de una sociedad que gozaba una transformación fogoneada por un reformismo revolucionario (Aggio, 2008). Pero los cambios —económicos, sociales, culturales— conocieron una tenaz oposición. Una porción de la población insistía en la crisis de autoridad que aquejaba al gobierno (Valdivia, 2003). Los militares, cuando debieron justificar el derrocamiento de Allende, subieron la apuesta y subrayaron el caos y el “desquiciamiento moral” parecía contaminarlo todo. En el corazón de la coalición golpista (Magasich, 2013), el diagnóstico destacaba que la sociedad se había desorganizado tan peligrosamente que sólo las fuerzas armadas podían asumir el “deber moral que la Patria les impone de destituir al gobierno” (Urzúa, 1992, p. 702).

La inminencia de una guerra civil fue una de las excusas para reprimir, en ausencia de derecho y sin las limitaciones que suele imponer la piedad (Hinkelammert, 1974, p. 170). La beligerancia castrense justificó su violencia en la necesidad de proceder a lo que el mismo Augusto Pinochet llamó un “baño purificador” (p. 174). No por nada, la misma tarde del Golpe de Estado un integrante de la junta militar confirmó lo que en algunas calles de Santiago ya se podía apreciar (Boizard, 1973): los militares ejecutarían una completa extirpación del “cáncer marxista” (Valdivia, 2010, p. 166). Criminalizada, la militancia de izquierda estuvo expuesta a un ciclo punitivo que incluyó intimidaciones y persecuciones (Labreveux, 1973). Decenas de miles sufrieron todo tipo de castigos; muchos de los detenidos padecieron suplicios (Valdés, 1974; Foucault, 2006).

Sin obviar la dimensión represiva, Santiago, para el proyecto político autoritario, fue mucho más que un teatro de operaciones militares o un *locus* susceptible de higienización. La principal metrópoli chilena alojaba cruciales proyectos de infraestructura, pero también tradicionales y modernas construcciones. La

Capital, escenario material y simbólico de alta densidad expresiva, reunía a los principales organismos de la administración pública y el Congreso de la Nación. Salvo excepciones, esa centralidad locacional, política y burocrática fue continuada por las fuerzas armadas.

Cuando el Golpe de Estado se produjo, una parte del mismo centro estaba bajo transformación. Los militares actuarían con pragmatismo con las obras heredadas y algunas sobrevivirían no sin antes experimentar una notoria resignificación. Dos de ellas tendrían trayectorias diferentes. Mientras la junta militar ocupó como sede el ex Centro Cultural Metropolitano Gabriela Mistral (CCMGM), La Moneda, el palacio presidencial desde mediados del siglo XIX, experimentó una larguísima reparación que recién concluiría cuando el mismo Pinochet volvería a disponerlo como recinto exclusivo para el Ejecutivo.

Domicilio de la política, el centro de Santiago preservó, bajo el autoritarismo, su condición neurálgica para la ciudad. En su entorno se precipitarían una serie de intervenciones arquitectónicas que, de manera gradual, buscaban singularizar a Pinochet como salvador de la patria. Consciente de su pasado constitucionalista, apeló a diferentes fuentes de legitimación. Entre otras operaciones, Pinochet buscó enlazar su imagen con la figura de Bernardo O’Higgins. Con Santiago centro como locación, la dictadura instrumentó un ciclo de manifestaciones y dispositivos que asimilaban a Pinochet con el principal héroe nacional.

## Los militares y el espacio, el espacio de los militares

Los ejércitos consideran al espacio como una dimensión determinante en el éxito o fracaso de sus operaciones. Su comprensión, informada por observaciones, cartografías, fotografías y despachos *in situ*, los obliga a representar el territorio a escala supranacional, pero también micro-local. Para

los militares, el despliegue de efectivos por fuera de sus cuarteles suele ajustarse a las características topográficas de la zona donde se producirá la intervención. Sin perjuicio de la tarea encomendada —represión, auxilio o vigilancia—, la movilización de efectivos suele depender de un guión que incluye medios y fines. Actividades tan disímiles como un desfile o el socorro de damnificados, constituyen acciones que demandan orquestación y logística. La organización espacial del desempeño militar, sea cual sea el entorno donde ocurra, es fuertemente reivindicada por las fuerzas armadas de todo el mundo. Las chilenas no son la excepción.

La consolidación de la república incluyó toda clase de liturgias, muchas de ellas animadas por contingentes militares. Al igual que en todas las capitales políticas, el centro de Santiago admitió como tradición la circulación de efectivos que marchaban con ocasión de aniversarios patrios o figuraban hieráticos al momento de rendir honores a dignidades extranjeras. Por lo general, se trataba de revistas que ocurrían en lugares expresivos o que la presencia uniformada volvía significativos en el marco de alguna conmemoración. Pero la incumbencia militar en asuntos civiles, se ampliaría en la década del 40 del siglo XX, cuando el Ejecutivo dictaminó que fueran militares los llamados a resguardar las votaciones. El protagonismo castrense en la vida civil se acrecentaría durante la Unidad Popular. A la participación de militares en diferentes obras civiles, se agregó la incorporación al gabinete de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas (Kalfon, 1998).

Pero la presencia militar en la ciudad para el ciclo 1932-1973, no siempre tuvo un carácter completamente subordinado. Investigaciones recientes han insinuado que los efectivos apostados en el centro de Santiago la noche del 4 de Septiembre de 1970, fueron desplegados en el marco de una conspiración que sumó adhesiones en el propio gobierno demócratacristiano (Hurtado, 2013; Basso, 2013). Pero la superioridad castrense se mantuvo constitucionalista. Por eso pudo ser

sofocada la asonada del 29 de Junio de 1973 de una manera similar a como el mismo Ejército había controlado un acuartelamiento en 1969. De vuelta a Septiembre de 1973, la subordinación militar al poder civil aceleró su descomposición cuando el General Carlos Prats renunció a la Comandancia en Jefe del Ejército. Con su salida, la sedición se volvió crecientemente institucional. Aunque existieron oficiales y soldados constitucionalistas que se opusieron al derrocamiento del gobierno constitucional, su influencia no alcanzaría para evitar la caída de Allende.

Como se sabe, el derrocamiento del gobierno tomó la forma de un Golpe de Estado. La intervención significó el despliegue planificado de miles de efectivos. Cuando existió, la refriega se concentró en el Palacio de Gobierno, la residencia presidencial y en algunas industrias y asentamientos del pericentro. La ocupación se consolidó a las pocas horas y contó con un capítulo aéreo (Cavallo & Serrano, 2003). Aviones y helicópteros realizaron bombardeos selectivos, pasadas intimidatorias, misiones de patrullaje y vuelos de observación (Fuerzas Armadas y Carabineros, s/f; Touraine, 1974). La militarización de la ciudad impidió una articulación opositora y convirtió casi en sacrificial cualquier resistencia.

A partir del Golpe de Estado, la ciudad experimentaría un ciclo autoritario y punitivo sin precedentes. Aunque la ocupación uniformada afectó la vida cotidiana de millones que habitaban Santiago, la distribución de restricciones, sanciones, castigos y suplicios fue muy diferenciada. De entrada, el diseño original de las Fuerzas Armadas se basó en una militarización de la ciudad, pero con especial atención en zonas y recintos específicos. La planificación castrense suponía que todas las formaciones adscritas a la izquierda institucional o extra-parlamentaria, rechazarían por igual el derrocamiento de Allende. Las Fuerzas Armadas acertaron en el pronóstico, pero sobre-estimaron la resistencia.

Durante los primeros días del Terrorismo de Estado, los controles castrenses redujeron la

movilidad y obligaron a la población civil, estado de excepción mediante, a recogerse en sus viviendas. Los allanamientos se saldaron con miles de detenidos que se aglomeraron en toda clase de recintos, principalmente regimientos y comisarías. La violencia estatal forzó a que centenares de personas buscaran en embajadas y legaciones diplomáticas, la protección que no tenían y que sus estructuras partidarias eran incapaces de ofrecer. Una cifra de militantes, imposible de precisar, ingresó a la clandestinidad. Apenas se levantó el toque de queda, la ciudad contabilizaba campos de concentración, miles de detenidos, centenares de heridos y decenas de muertos. Interesados en provocar un clima de terror, los uniformados dispusieron que algunos cuerpos inertes pudieran ser contemplados en calzadas, aceras, costados de vías férreas, cauces y basurales. Perpetrados mayormente por militares, los asesinatos ocurrieron en lugares públicos, pero, generalmente, bajo el anonimato relativo que proporcionaba el Toque de Queda.

A las pocas horas de iniciado el despliegue espacial de las fuerzas armadas, el balance era lapidario: la que había sido una ciudad contenciosa e hipermovilizada, se convirtió en una metrópolis regimentada. Gracias a la coerción, pero también al poder implícito que su propio despliegue proporcionaba, el mando militar dominaba por completo la situación.

La población civil estaba dividida. Un porcentaje, que presumimos minoritario, se replegó atemorizada a sus hogares. La delación, promovida y justificada como un deber patriótico, fue uno de los rostros del revanchismo. Orientados a la sobrevivencia, una porción de los adherentes a la Unidad Popular, intentó lo imposible: pasar desapercibidos. Eso explica que el embanderamiento haya sido tan popular. Desde la mañana del mismo 11 de Septiembre, miles de emblemas nacionales habían sido izados en viviendas particulares y así figurarían por días y hasta semanas. Lo que partió como una reacción espontánea y celebratoria del Golpe,

rápidamente sería respaldada por decretos oficiales que obligaban al festejo del aniversario, en octubre, del primer mes del "patriótico pronunciamiento de las Fuerzas Armadas y de Carabineros de Chile" (*El Mercurio*, 1973a).

Desde otro punto de vista, el embanderamiento también fue expresivo de la aquiescencia que para amplios segmentos de la población motivó el derrocamiento del gobierno. Como se sabe, la enorme mayoría de opositores a la Unidad Popular, se convirtieron en entusiastas adherentes de la única "institución" que los había librado del comunismo: los militares. Gracias a diferentes documentales elaborados en paralelo al Golpe de Estado, sabemos que la represión a la izquierda política y social fue ampliamente bienvenida.

A juzgar por lo que comunicaban la mayoría de los diarios, revistas, periódicos, televisión y radio, la inquina de muchos ciudadanos hacia Allende había alcanzado dimensiones superlativas. Durante el "11", la residencia presidencial, bombardeada al igual que La Moneda, fue desvalijada después de algunas escaramuzas. La escena, con algunas variaciones, se repetiría algunos días más tarde, cuando en medio de la soledad artificial impuesta por el toque de queda, fue asaltada la vivienda santiaguina de Pablo Neruda, destruyendo muchas de sus conocidas colecciones de objetos (Villegas, 2003). Sin ser exhaustivos, una situación similar es la que viviría otro prominente escritor comunista (Teitelboim, 1988, 32). Los allanamientos a residencias particulares se prolongarían en los años sucesivos e incluirían la incautación, pero también la sustracción de toda clase de especies.

La ruina particular ocasionada por los latrocinios, no fue el único recurso del repertorio represivo. Entendidos como verdaderos actos de purificación, las pilas de libros, carteles y discos incinerados, fueron reporteadas con gran escándalo por la prensa internacional. Aunque las quemas fueron desmentidas por las autoridades oficiosas, la

combustión, alcanzaría, meses más tarde, a los propios registros electorales.

Al tiempo que los militares ordenaban la limpieza de “toda propaganda política y consignas marxistas” (El Mercurio, 1973b), la piel de la capital comenzó a cambiar de apariencia. Tapias y fachadas fueron repintadas (Wessing, 2011). Los muros de la ciudad, entendidos como un gigantesco lienzo donde hasta ese momento rivalizaban signos e inscripciones políticas, modificaron su fisonomía preludivando un cambio tan intenso como prolongado. Fotografías y testimonios muestran a jóvenes universitarios enlistados como voluntarios para borrar lo que otros jóvenes habían pintado (Millas & Filippi, 1973). A la inversa de la naturaleza multicolor que caracterizaba buena parte del muralismo político precedente (Castillo, 2004), el ensayo de pasteurización intentó traer de vuelta el blanco como tono distintivo.

La instalación de la dictadura significó el borramiento, la resignificación y la red denominación de parte importante de la herencia callejera de la Unidad Popular. La depuración visual alcanzó uno de los signos más recordados del arte popular: los murales. Como era presumible esperar, las supresiones se extendieron por calles y avenidas. Pese a que el proceso no ahogó los afanes muralistas, convertidos en primer instrumento opositor, los borramientos alcanzaron piezas reconocidas. Un caso ejemplificador fue “El último gol del pueblo chileno”. Nos referimos a un mural confeccionado por la Brigada Ramona Parra (BRP) en colaboración con el artista Roberto Matta y pintado colaborativamente junto a la piscina municipal de la comuna de La Granja. Peor suerte corrió una pieza diseñada por la BRP con ocasión del último cumpleaños de Neruda. Ubicada en contigüidad a La Chascona, Matilde Urrutia, viuda del poeta, debió borrarla en los meses siguientes al Golpe de Estado luego de recibir presiones linderas en acoso (Vidal, 1983).

El legado cultural de la Vía Chilena al Socialismo fue objeto de inmediatas resignificaciones. Las intervenciones castrenses

alteraron y, generalmente, invirtieron la idea original. Con seguridad, la versión más extrema de la resignificación fue la utilización de algunos de los balnearios populares creados durante el gobierno de Allende (Lawner, 2008), como Centros de Detención, Tortura y Exterminio.

Las red denominaciones alcanzaron los campamentos auto-construidos, lo mismo que algunas poblaciones edificadas por el Estado. Entre muchas que se podrían consignar para Santiago se destacan los casos de Nueva Habana (rebautizado como Nuevo Amanecer), Compañero Ministro Carlos Cortés (por Villa San Luis), Campamento 'Che' Guevara (por Población Santa Anita) y Fidel-Ernesto (por Villa Alegre) (El Mercurio, 1973c). Estas prácticas no estuvieron acotadas solamente a enviar mensajes a los residentes de los barrios populares que habían recibido una nueva denominación –allí en donde la izquierda había dispuesto de una fracción importante de su electorado y de sus militantes– sino que se extendieron también hacia espacios de alta connotación pública, simbólicamente asociados al proyecto político recientemente destituido. Precisamente, la tendencia también alcanzó a los tomadores de decisión de la nascente empresa de transporte subterráneo. De este modo, la que inicialmente se llamaría Estación Violeta Parra de la línea 1 del Metro –inaugurada en septiembre de 1975– fue rebautizada como San Pablo. Una variante del mismo proceso de inscripción y memorialización, lo constituye la red denominación de 11 de Septiembre dada a la Avenida Nueva Providencia, pero cuya inauguración se verifica en 1980. Es interesante señalar que ese nombre ya había sido propuesto, a comienzos de 1974 por residentes de la comuna al mismísimo alcalde, para reemplazar el de la calle Suecia (El Mercurio, 1974a). Lo que en principio parece una solicitud injustificada, se explica por la solidaridad que exhibió el embajador Harald Edelstam hacia los perseguidos políticos, actitud que más tarde le costaría al representante escandinavo el ser catalogado como persona non grata.

### ¿Qué hace una dictadura con la capital que hereda?

La dominación autoritaria se adaptó a las instalaciones pre-existentes mientras las refuncionalizaba. Con excepción del Palacio de Gobierno, bombardeado e incendiado durante el asalto del 11 de Septiembre, la gran mayoría de los recintos en funciones, fueron rebautizados para dejar en claro que se trataba de reacción conservadora (Touraine, 1974, p. 190). El principal de todos, el edificio que había alojado al CCMGM, pasó a convertirse en asiento de la junta militar. El complejo, compuesto por una torre y un edificio-placa, y rebautizado como Diego Portales, (*El Mercurio*, 1973d y 1973e), sufrió modificaciones que suprimieron y resignificaron el legado artístico que atesoraba. Los cambios incluyeron la destrucción de una importante parte de las piezas y objetos de arte y diseño incorporados como mobiliarios y decoraciones, tales como murales, tapicería, puertas, lámparas y adornos, que inspirados en motivos populares entablaba un contrapunto con la arquitectura racionalista del edificio (AUCA, 1972).

No sin pragmatismo, la junta militar supo adecuarse rápidamente al inmueble, dotándolo de un programa propio de actividades privadas y públicas. Es así como antes de 1974 el régimen instaló allí su sede de Gobierno (*El Mercurio*, 1973f), el Ministro de Economía Fernando Léniz sostuvo una reunión con “dueñas de casa” (*El Mercurio*, 1973g) —a quienes les manifestó las dificultades que conllevarían las políticas de ajuste frente a la recesión de la economía nacional— y el General Comandante de la Fuerza Aérea y miembro de la Junta de Gobierno Gustavo Leigh premió a los mejores egresados de las Escuelas de las Fuerzas Armadas y Carabineros (*El Mercurio*, 1973h). Esta primera fase de resignificación del edificio evidencia también cómo el régimen apeló a la adhesión y respaldo de dos grupos como sostén de su política propagandística: las mujeres y los jóvenes, ahora sin representación partidaria. Respecto a estos últimos, no es

casual que a la Secretaría Nacional de la Juventud (1973) se le otorgaron atribuciones para organizar y gestionar distintos actos públicos, a través de los cuales fueron resaltados los nuevos valores con los que se quería inocular a una “emancipada” juventud chilena.

La instauración de nuevo orden implicó también una rápida reanudación de las actividades tradicionales de algunos recintos utilizados como centros de detención y tortura, siendo el caso más emblemático de ello el Estadio Nacional. Como señala Rozas (2011), después de la partida de los últimos prisioneros del recinto, el 9 de noviembre de 1973, las tropas militares de Arica y Punta Arenas, encargadas de la vigilancia y seguridad, se enfrascaron en la tarea de borrar los rastros de la represión, tortura y muerte. Rápidamente pintado, el Estadio Nacional fue habilitado para citas deportivas. Primero fue el simulacro del partido clasificatorio para el Mundial de Fútbol de Alemania '74 —por la negativa de la Unión Soviética de presentarse en Chile (Pickett, 2003)—, pero luego también el resto del complejo deportivo se abrió, en cosa de semanas, a torneos nacionales de ciclismo, campeonatos escolares de atletismo y cursos estivales de natación, entre otros.

Otra expresión del realismo fue la decisión adoptada sobre importantes obras en desarrollo. Entre las más significativas, el ferrocarril subterráneo, una autopista que perforaba en trinchera el microcentro y varias obras viales de gran envergadura. Las tres, junto a la terminación de edificios puntuales, fueron confirmadas y continuadas. Sin perjuicio de lo anterior, también se registraron cambios de orientación y/o cancelaciones.

Varios mega proyectos residenciales y algunos parques populares sufrieron postergación indefinida, muy especialmente los que incorporaban ejecución directa del Estado en proyectos habitacionales que ensamblaban edificios de departamentos y equipamientos comunitarios (Lawner, 2008; Rigotti, 2013). Pero los asentamientos populares no les fueron del todo indiferentes a los militares. Al

contrario, los militares le concedieron cierta prioridad a la implementación de planes de limpieza y ornato, a la instalación de inmuebles prefabricados destinados a escuelas y guarderías infantiles, y a la entrega de títulos de dominio (*El Mercurio*, 1973i; *El Mercurio*, 1973j; *El Mercurio*, 1973k; *El Mercurio*, 1973l). El término de la inhibición estatal hacia las ocupaciones ilegales, también fue un cambio substancial. Reluctantes a las invasiones, los militares desempeñaron un papel compasivo, pero despolitizador hacia las barriadas existentes.

### Conmemorar, celebrar, homenajear a Pinochet

La asunción del régimen no podía sostenerse simbólicamente en la mera supresión y resignificación de establecimientos y recintos identificados con la Unidad Popular. Además debía fundarse en acciones que diesen cuenta del carácter y principios rectores que organizaba al poder gobernante.

La aparición de distintas apelaciones al sentido de nación y a la patria, así como al heroísmo de los militares que tomaron la determinación de poner fin al gobierno de la Unidad Popular, dan cuenta de una política refundacional con base en el panteón militar. En línea con esto, una de las primeras decisiones emanadas desde el poder político fue la celebración del primer mes del golpe militar con la expresa indicación de embanderamiento de la Provincia de Santiago el día 11 de Octubre de 1973. (*El Mercurio*, 1973a). Del mismo modo, la rápida aparición de proyectos para la creación de plazas en honor a figuras de la historia militar nacional –como las amplias celebraciones conmemorativas de las batallas de Miraflores y Chorrillos durante la Guerra del Pacífico de 1879 (*El Mercurio*, 1974c), y la inauguración de la plaza Sargento Candelaria en la popular comuna de Renca (*El Mercurio*, 1974d), así como de monumentos que homenajesen a “los mártires de carabineros y soldados caídos en el momento histórico que ha vivido nuestra patria en el transcurso de los últimos meses [en referencia al último trimestre de 1973]” (*El Mercurio*, 1973m).

Dentro de este plan de exacerbación de lo nacional, hubo una seguidilla de gestos dirigidos primero por la junta militar, y luego por el mismo Pinochet, orientados a homologar el golpe militar con la gesta independentista de 1810, y la figura del Presidente de la Junta con la del padre de la patria, Bernardo O'Higgins. Indicativo de este proceso es el friso del salón plenario del edificio Diego Portales, inaugurado en el primer acto público desarrollado por los militares en ese recinto, que señalaba, en clara alusión a una segunda independencia, los años de 1810 y 1973 como los decisivos dentro de la vida republicana nacional. Pero aún más característico, y menos destacado dentro de la literatura especializada, fue el realce a la figura de O'Higgins por parte de las nuevas autoridades nacionales, quienes elaboraron un complejo sistema de denominaciones, fiestas públicas y edificaciones –algunas de dimensiones monumentales– en torno al prócer.

Pinochet propició una sistemática instrumentalización de la figura de O'Higgins, mediante la cual buscó legitimar su propia personalización del poder al interior de la junta militar. El 20 de Junio de 1974, a través del Decreto Ley (DL) 527 es designado por la misma Junta como Jefe Supremo de la Nación, en un guiño directo a la condición de Director Supremo de la Nación de O'Higgins durante 1817 y 1823. Agosto de 1974 abrió un ciclo conmemorativo que toma como tiempo-eje al natalicio del padre de la patria, bajo la denominación de la Semana Ohigginiana. Retrospectivo de su figura, el programa incluía la inauguración de bustos en distintas ciudades del país, misas y desfiles, así como exposiciones en los Museos de Bellas Artes e Histórico Nacional. Asimismo, Pinochet inauguró, en la ciudad de origen de O'Higgins, Chillán (Región del Bío-Bío), el Parque Monumental O'Higgins, cuya acelerada construcción duró solamente seis meses (*El Mercurio*, 1974e). Pero, probablemente, el acto más espectacular en cuanto a sus dimensiones vendría el 24 de Octubre de ese año, cuando Pinochet –ya en fase de consolidación de la personalización de su poder dentro de la junta militar– cumplía la

promesa que en 1818 había hecho O'Higgins a la Virgen del Carmen tras el triunfo del ejército libertador en Maipú, de construir un templo en su honor allí mismo, al mismo tiempo que trasladaba, en un gran acto de masas, los restos del libertador desde el Cementerio General hacia la terminada basílica, en lo que sería el primero de varios traslados de los restos por Santiago. Luego, en Agosto de 1979, Pinochet trasladaría los restos desde el Templo Votivo de Maipú –con un breve paso por la Escuela Militar– al mausoleo construido en el Altar de la Patria, en donde sellaría la alianza simbólica entre O'Higgins-Altar de la Patria y Pinochet-Palacio de La Moneda, a donde se trasladaría el 11 de Marzo de 1981 tras la aprobación de la Constitución de 1980.



Fig. 1. Traslado de los restos de O'Higgins al Altar de la Patria (20 Agosto de 1979). *El Mercurio*, 21 agosto de 1979

En Septiembre de 1974 se produjo la primera gran concentración pública convocada por el propio régimen para celebrar el aniversario del primer año del “pronunciamiento militar”, que por sí mismo vendría a abrir las fiestas patrias –18 y 19 de Septiembre–. Pensado como un gran acto de masas a través del cual se destacaría la recuperación de la paz interna y de la libertad perdida durante el gobierno de la Unidad Popular, fue ideada como una demostración al mundo del apoyo popular con que contaba el régimen militar –no por nada el slogan convocante a las celebraciones del primer año era “Chile responde al mundo”–, y de descalificación del marxismo internacional (Candina, 2002).

Como actividad totalizadora, la celebración pública aparecía en los medios de prensa escrita como una gran manifestación de alegría expresada en insertos publicitarios en los que empresas, gremios, confederaciones, colegios profesionales, organizaciones comunitarias y personas particulares llamaban a agradecer la liberación nacional, tal como lo hiciera el vicepresidente de la Asociación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), que llamaba a “saludar al '11' con fervor patriótico y grandes esperanzas” (*El Mercurio*, 1974f). La celebración del primer aniversario no careció de espectacularidad y apetito por la adhesión de las masas. Copado el Parque Bustamante por simpatizantes del régimen, los miembros de la Junta de Gobierno se trasladaron hasta uno de los edificios más modernos de la época para saludar desde un decimocuarto piso a los manifestantes –desde donde colgaba una bandera gigante hasta el nivel de la calle– donde Pinochet, con medidas palabras, hizo una corta alocución antes de dar comienzo a un espectáculo de fuegos artificiales (*El Mercurio*, 1974g).

Sin temor por las grandes concentraciones públicas, durante la década de 1970, el régimen de Pinochet llama a celebrar los aniversarios del derrocamiento de la Unidad Popular. Las conmemoraciones experimentan un fuerte proceso de personalización que también incluyó algo de flexibilidad urbana. La personalización es evidente desde 1974 –más allá de su breve discurso, es Pinochet quien encarna la gesta heroica–, mientras que la flexibilidad alude a la celebración en distintos lugares como el ya mencionado Parque Bustamante, en las inmediaciones del edificio Diego Portales, frente al Palacio de La Moneda, o en la ruta que une el aeropuerto con el centro de la ciudad –como en el caso de la recepción popular dada al dictador tras su llegada desde Estados Unidos a propósito de su reunión con el presidente Carter–. Asimismo, el régimen, a través de algunos de sus aparatos destinados a la recreación y entretenimiento –como la Secretaría General de la Juventud o la Dirección General de Deportes y Recreación (DIGEDER)– desarrolló

intensas fiestas públicas, bajo un estricto control y rutinización, como ocurrió con la reanudación de las Fiestas de la Primavera en Octubre de 1974, o los talleres juveniles barriales desarrollados por la Secretaría, orientados a “educar en el buen uso del tiempo libre” (Valdivia et al., 2006).

Al tiempo en que los actos oficialistas migraron desde los recintos rumbo al espacio público, la escenificación nacionalista se incrementó exponencialmente. Ya desde antes de la celebración del 11 de Septiembre de 1974, se inauguró un período dominado por la refundación simbólica que se corroboró en estampillas, altares de la patria, monedas, desfiles con antorchas y también Museos. La dictadura estaba además continuamente apelando a una serie de gestos sobre los cuales sostiene simbólicamente su proyecto. En esta cruzada caben también los grandes actos públicos, los decretos de denominación de lugares, la creación de monumentos y espacios de homenaje y la resignificación de las edificaciones pre-existentes.

Sin inhibiciones para auto-festejarse, la celebración de '11' de 1975, constituyó un hito dentro de la escenificación del poder y el espectáculo de masas al interior de la sociedad chilena. Instaurado ya Septiembre como el mes de la patria –tiempo-eje en el que se cristalizan los ideales nacionalistas patrióticos y están contenidos los dos momentos emancipatorios de la historia nacional–, la invitación hecha por el régimen a los ciudadanos apuntaba a encender la Llama eterna de la libertad, respondiéndole a quienes, supuestamente, llevaban desde el exterior una campaña de desprestigio del orden impuesto por las Fuerzas Armadas. Este acto estuvo acompañado por la tradicional misa de acción de gracias en la Escuela Militar, un discurso en el plenario del Diego Portales frente a autoridades de diversas instituciones y un “homenaje escolar” en el Estadio Nacional –por parte de 60.000 estudiantes de nivel básico– consistente en un gran desfile en honor a los altos mandos de las Fuerzas Armadas.

La Llama de la Libertad, ya no como una metáfora, sino como un monumento a ser

instalado frente del Palacio de La Moneda, sería la verificación de la lucha contra el marxismo en el espacio público, en días en que la prensa nacional ampliaba las supuestas amenazas que recibían jugadores del equipo de tenis chileno antes de su *match* de Copa Davis a jugarse en Suecia. La visión de Eduardo Boetsch –coordinador general civil de los actos realizados en la Plaza Bulnes– retrata los objetivos detrás de esta celebración:

[Chile] se ha colocado a la vanguardia de un proceso que, seguramente, seguirán muchas naciones (...) Nosotros aplastamos el mito de que el camino hacia el comunismo es irreversible. En Chile, en este pequeño y lejano rincón de la tierra, la Llama de la Libertad es el símbolo de esta esperanza para muchos otros países. El fuego es un símbolo de la libertad y simboliza, también, la depuración. Nuestro régimen de gobierno no es sólo un símbolo de la libertad, sino, además, de la decencia, la austeridad, el patriotismo, el honor y la verdad (El Mercurio, 1975a).

La Llama de la Libertad, encendida por cuatro cadetes de las escuelas matrices de la junta militar, fue prendida tras el discurso de Pinochet en que declaraba que la gesta militar había renovado el juramento ante Dios y la Patria, salvando al país de la esclavitud (El Mercurio, 1975b).

La celebración de 1976 del tercer aniversario se sostuvo en el mismo principio liberador, así como en la férrea oposición a la campaña de desprestigio internacional. El llamado a salir a



Fig. 2. Celebración Segundo Aniversario, Llama de la Libertad (11 Septiembre de 1975). El Mercurio, 12 septiembre de 1975

la calle a llenar la escena de blanco, azul y rojo, sosteniendo banderas que simbolizaran la unión de la nación fue fuertemente impulsado por las distintas entidades que conformaban al gobierno. La campaña de propaganda no se sostuvo sólo a través de los medios de prensa oficialistas, sino que ese año comenzó la tradición de entregar obras de infraestructura pública durante el mes de la patria, con el objetivo de asimilar progreso, nación y gobierno militar. El programa de actividades fue similar al del año anterior, con una misa por los caídos en la Escuela Militar seguida por el mensaje de Pinochet en el salón plenario del Diego Portales. Tras éste, se daría inicio al “gran desfile por la civilidad”, compuesto por carros alegóricos y grupos marchando (*El Mercurio*, 1976a). Fuera de Santiago, el despliegue sería similar, aunque se añadiría la innovación de recibir la antorcha de la libertad. Ésta, cual fuego olímpico, llevaría el símbolo de “la unión y la esperanza” a los residentes de otras ciudades.

### Iluminar a Pinochet

Los coqueteos con la estética fascista fueron uno de los recursos habituales en las manifestaciones digitadas por el régimen. El uso de antorchas, profusamente empleadas con ocasión del Festival de Viña del Mar en el verano de 1974, acompañó la *pinochetización* que ocurría de noche. Cuando se las creía en retirada, la visualidad flamígera vuelve a aparecer en una diminuta, pero rutilante manifestación. Nos referimos al acto de Chacarillas, en el cerro San Cristóbal, el 9 de Julio de 1977, uno de los primeros completamente concebidos para ser televisados gracias a la adopción de una escenografía teatral. Aunque su importancia debería estar asociada a las definiciones políticas de la época, las antorchas exhibidas con rostro exultante por una cohorte de seleccionados jóvenes –77, en honor a los 77 Héroes de la Concepción–, prolongaron la asociación entre dictadura y fascismo casi como un acto simbólicamente expropiatorio que los gremialistas (ultraderecha) le inferían a

los nacionalistas (derecha extremista). Tampoco extraña que unos juegos deportivos escolares integraran la llama olímpica dentro de su puesta en escena, tal como ocurriera con la inauguración de la Semana del Deporte, la Alegría y la Recreación, organizada en octubre de 1978 por DIGEDER y la Secretaría Nacional de la Juventud (*Estadio*, 1978).



Fig. 3. Inauguración de la Semana del Deporte, la Alegría y la Recreación en el Estadio Nacional. Juegos deportivos organizados en distintos lugares del país entre los días 22 y 29 de octubre de 1978. *Revista Estadio* (1838), 2 de noviembre de 1978.

No cabe duda que Pinochet leyó en estos actos una de las principales fuentes de las cuales podía obtener su legitimidad. Más allá que la dictadura contara con aparatos policíacos represivos en su interior, el gobierno de Pinochet sabía que para estabilizar su proyecto político-económico debía ser capaz de concitar adhesiones públicas. Es innegable que Pinochet fue ganando poder al interior de la Junta ya desde el primer año de su gobierno, lo que explica que progresivamente su figura fue ganando en visibilidad y preeminencia, ganando en relevancia la expresión “el régimen de Pinochet”. Este proceso tuvo dos escenas significativas dentro de los primeros años de la dictadura: la homologación de la llegada de Pinochet desde los Estados Unidos del día 9 de Septiembre de 1977 con las celebraciones masivas del '11', y la masiva concurrencia fuera de la casa presidencial de avenida Presidente Errázuriz para el aniversario del golpe de Estado del año 1978. En ambas ocasiones, lo que se celebra es la figura del dictador, quien, en el primero de los casos, simboliza la internacionalización de su batalla

frente al marxismo –tal como lo había hecho un par de años antes cuando asistió al funeral de Franco en España–, y una supuesta aceptación de la comunidad internacional. En el segundo de los casos, la escena transmite que es él quien posee la legitimidad gubernamental, sostenida en algo que buscaba parecerse al carisma.

Uno de los principales desafíos que sufrió Pinochet en su ruta al poder omnímodo, fue la relación que estableció con los sectores populares urbanos. Rostro principal de la represión ejercida hacia amplios grupos de la población, Pinochet exhibió, a lo largo de su mandato, una relación tensa y hasta conflictiva con obreros, pobladores y campesinos. Mientras otros generales buscaban una rápida empatía con la que había sido la principal base de apoyo de la Unidad Popular (caso del General Bonilla), Pinochet dilató la creación de una estrategia de acercamiento. Transcurridos algunos años desde la

instalación del régimen, la conmemoración festiva del Golpe de Estado fue la fecha escogida para socializar en barrios populares su proyecto. Sostenido en un entramado de acciones institucionales que incluía la labor de la Secretaría Nacional de la Juventud, la fundación CEMA Chile –dirigida por su esposa, Lucía Hiriart de Pinochet– federaciones universitarias y más tarde en el desempeño político del partido Unión Demócrata Independiente (UDI) (Pinto, 2006), el gobierno de Pinochet sabía que la sostenibilidad del proyecto también se jugaba en su propia validación al interior del mundo popular.

En línea con esto, las celebraciones del '11' de los años 1978 y 1979 estuvieron orientadas a evidenciar el compromiso del régimen con los sectores más desposeídos. Los planes de acción social consistían en entregas de títulos de dominio y viviendas, inauguración de escuelas (*El Mercurio*, 1978a), centros



Fig. 4. Recibimiento a Pinochet tras su visita al presidente Carter en Washington D.C (Estados Unidos). *El Mercurio*, 10 septiembre de 1977

asistenciales y módulos hospitalarios, recintos deportivos y sedes sociales (*El Mercurio*, 1979a), así como entrega de medicamentos en poblaciones. En 1979, Pinochet agregó a su programa tradicional de celebraciones una visita a la Población José María Caro –uno de los más tradicionales y poblados asentamientos populares– en donde inauguró obras de pavimentación y explicitó su compromiso con los pobladores, en una acción que probablemente buscaba desmitificar la idea del abandono de los pobres que comenzaba a circular con fuerza en los medios de comunicación opositores (*Solidaridad*, 1979a).

Las últimas celebraciones del '11' sin contestaciones de alto alcance, correspondieron a las de 1980 y 1981. En pleno boom económico –en la celebración de 1979 Pinochet había señalado que ese día marcaba el fin de la transición y el comienzo de la modernización–, el régimen llamó a un plebiscito el día 11 de Septiembre de 1980, en el cual se consultó por la aprobación de la nueva Constitución redactada por el equipo de juristas del régimen, encabezado por Jaime Guzmán (Fuentes, 2013). El triunfo del Sí en el plebiscito fue entendido como el triunfo de Pinochet y su ratificación como Presidente de la República por ocho años más. El triunfo de la Constitución era su triunfo, el de la personalización del poder. Su entrada al palacio de La Moneda el 11 de Marzo de 1981 a bordo de un auto descapotable sellaba su condición de líder indiscutido dentro del régimen. La celebración del octavo aniversario del golpe de Estado tendría ahora un nuevo carácter: el Jefe de Estado sólo se dirigiría a la nación a través de su discurso en el Diego Portales, mientras “regalaba” una fiesta a los santiaguinos en el Parque O'Higgins, organizada por la Municipalidad de Santiago, DIGEDER y la Secretaría Nacional de la Juventud. Creyéndose absolutamente legitimado por la ratificación a su proyecto constitucional, Pinochet anunciaba la mantención del receso político –que no era otra cosa que la falta de garantías democráticas mínimas– y la prohibición del retorno de exiliados (*El Mercurio*, 1981a).

Es posible pensar que el ciclo de manifestaciones conmemorativas con ocupación del espacio público, se cierra, casi sin contestación, en 1981. Pinochet ya es Presidente (la Junta lo nominó así en diciembre del 74), simbólicamente se insertó ya en la tradición republicana al instalarse el 11 de Marzo de 1981 (nueva fecha de los cambios de mando) en el palacio de La Moneda tras el triunfo del “sí a la Constitución” en el plebiscito de 1980, trasladó los restos de O'Higgins al Altar de la Patria (20 de Agosto de 1979) y consiguió la destitución de su principal rival en la Junta Militar (24 de Julio de 1978). Sólo le restaba deshacerse del principal líder de la oposición, el ex presidente Eduardo Frei Montalva, lo que ocurriría en enero de 1982, en un oscuro episodio que todavía es investigado por la justicia.

Desde un cierto punto de vista, el ciclo de personalización autoritaria parecía completamente cerrado cuando el mismo año 1982 Pinochet se convirtió en Capitán General; una investidura que sólo O'Higgins había conocido en los albores de la República. Pero la concentración de atribuciones también exponía su liderazgo a todas las contingencias. Precisamente, la crisis económica que estalló en 1981-1982 lo convirtió en su responsable político y, por primera vez casi en una década, los opositores salieron a la calle a manifestar algo más que una indisposición.

Hasta 1982, Pinochet había explotado a su favor un conjunto de escenificaciones con Santiago como telón de fondo. Pero, a casi una década del Golpe de Estado, la naturalización de su poder autoritario fue contestada por una fuerza tan represaliada como el Partido Comunista de Chile. Al menos tres manifestaciones –marchas del hambre se las llamó– ocurrieron en 1982 en Santiago y una de ellas fue convocada el mismo día en que se conmemora el natalicio de O'Higgins (20 de Agosto de 1982). La irreverencia del gesto, más allá de la contundencia del resultado, es bien indicativa de la importancia de la dimensión simbólica en la lucha política. Aunque las manifestaciones de aquel año

alcanzaron dimensiones muy modestas, sí sirvieron para comprobar que Pinochet había perdido la iniciativa. De ahí en más, casi como un ciclón, la hiper-movilización retornó y Santiago fue testigo de un ciclo de crispaciones casi tan contencioso como el ocurrido entre 1972 y 1973. La gran diferencia, siempre con O'Higgins como punto de comparación, es que Pinochet no tenía contemplado renunciar. En vez de eso, se emplearía a fondo para sobrevivir la contestación. La represión, de nuevo, sería una herramienta clave en la que afirmar la reproducción de su gobierno, pero también de su proyecto autoritario.

### A modo de conclusión

A diferencia de otras dictaduras en América Latina, la violencia interpersonal ejecutada por agentes estatales fue fundacional al derrocamiento del gobierno constitucional y adquirió la forma de Terrorismo de Estado. El desempeño represivo alcanzó al conjunto de la población mientras una parte de la ciudadanía lo apoyó entusiastamente.

La evidencia acumulada corrobora buena parte del impacto que causó la implantación del régimen en su doble condición: vehículo del Terrorismo de Estado y agente

refundacional. La radicalidad del revanchismo alcanzó límites desconocidos. El palacio presidencial convertido en ruina, no solo simbolizó el término de la democracia, también la radicalidad de la violencia descendente. La gramática autoritaria también incluyó dispositivos y prácticas pasteurizadoras. El blanqueo avanzó en paralelo y sus alcances fueron debidamente aplaudidos por una ciudadanía que también manifestaba su adhesión al nuevo orden. A modo de ejemplo, nombres de poblaciones, parques y estaciones de metro que invocaban luchas políticas y movimientos revolucionarios fueron reemplazados por calificativos "neutralizados", y en algunos momentos también inspirados en un pasado fundacional, que resucitaba la figura del Padre de la Patria.

Convertida en escenario activo para su institucionalización, fracciones del Santiago bajo dictadura conocieron una serie de intervenciones escenográficas que buscaron asociar la imagen de O'Higgins a la figura de Pinochet. Una batería de plazas, monumentos y edificios testimoniaron el intento por cristalizar un proyecto unipersonal que, hoy por hoy, apenas sobrevive como resonancia.



Fig. 5. Entrada de Pinochet al Palacio de La Moneda, 11 de marzo de 1981. *El Mercurio*, 12 Marzo 1981

## Bibliografía

- Aggio, A. (2008). *El momento de Allende: Entre la reforma y la revolución*. En E. Ortiz, (Ed.), *Un siglo con Allende* (pp.27-46). Rancagua: autoedición.
- Arriagada, G. (1985). *La política militar de Pinochet*. Santiago: autoedición.
- Basso, C. (2013). *La CIA en Chile 1970-1973*. Santiago: Aguilar.
- Boizard, R. (1973). *El último día de Allende*. Santiago: Editorial del Pacífico
- Bonnefoy, P. (2005). *Terrorismo de Estadio. Prisioneros de guerra en un campo de deportes*. Santiago: Ediciones Chile América - CESOC.
- Candina, A. (2002). El día interminable. Memoria e instalación del 11 de Septiembre de 1973 en Chile (1974-1999). En E. Jelin (Comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas infelices* (pp. 9-51). Madrid: Siglo XXI.
- Castillo, E. (2004). *Puño y letra. Movimiento social y comunicación gráfica en Chile*. Santiago: Ocho libros.
- Cavallo, A., & Serrano, M. (2003). *Golpe. 11 de Septiembre de 1973. Las 24 Horas más dramáticas del Siglo 20*. Santiago: UQBAR.
- CESO (1976). *Chile bajo la junta. Economía y sociedad en la dictadura militar chilena*. Madrid: Zeta.
- Cozzi, A. (2000). *Estadio Nacional*. Santiago: Sudamericana.
- Crouzet, E. (2001). *Sangre sobre "La Esmeralda": sacerdote Miguel Woodward, vida y martirio*. Santiago: Ediciones Chile América - CESOC.
- Dirección General de Obras Públicas (DGOP) (1973). *Metro de Santiago*. Santiago: Ministerio de Obras Públicas y Transportes-Dirección General de Obras Públicas.
- Dirección General de Metro (1975). *Inauguración Metro de Santiago*. Santiago: Ministerio de Obras Públicas.
- Errázuriz, L. H., & Leiva, G (2012). *El Golpe estético. Dictadura militar en Chile 1973-1989*. Santiago: Ocho Libros.
- Foucault, M. (2006). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fuentes, C. (2013) *El fraude*. Santiago: Hueders.
- Fuerzas Armadas y Carabineros (s/f). Septiembre de 1973. *Los cien combates de una batalla*. Santiago: Editorial Gabriela Mistral.
- Garretón, M. A.; Cox, C.; Hola, E.; Benavides, L.; Morales, E.; Portales, D. y Moulian, T. (1978). *Chile: cronología del período 1970-1973* (FLACSO, Documento de Trabajo). Santiago, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- González, C., & Quezada, B. (2010). *A discreción. Viaje al corazón del fútbol chileno durante la dictadura militar*. Santiago: Editorial Forja.
- Hurtado, S. (2013). El golpe que no fue: Eduardo Frei, la Democracia Cristiana y la elección presidencial de 1970. *Estudios Públicos*, 129, 105-140.
- Hinkelamert, F. (1976). La ideología de la junta militar. En CESO (1976). *Chile bajo la junta. Economía y sociedad en la dictadura militar chilena* (pp. 169-216). Madrid: Zeta.
- Husson, R. (2010). *Nos duele Chile*. Santiago: Cuarto Propio.
- Huneus, C. (2000). *El régimen de Pinochet*. Santiago: Sudamericana.
- Kalfon, P. (1999). *Allende. Chile 1970-1973. Crónica*. Madrid: FOCA.
- Jordá, M. (2001). *Martirologio de la Iglesia Chilena. Joan Alsina y sacerdotes víctimas del Terrorismo de Estado*. Santiago: LOM.
- Lawner, M. (2008). Viviendas dignas para hombre dignos. En Lawner, M., Soto, H., & Schatan, J., (Eds.) *Allende: presencia en la ausencia* (pp. 281-306). Santiago: LOM.
- Labreuveux, P. (1973). *Chile bajo las botas*. Buenos Aires: Abraxas.
- Magasich, J. (2013, Septiembre). El golpe cívico-militar. *Le Monde Diplomatique*, 14 (144), 7. [http://www.lemondediplomatique.cl/IMG/pdf/01\\_Portada\\_sept\\_Fin.pdf](http://www.lemondediplomatique.cl/IMG/pdf/01_Portada_sept_Fin.pdf)
- Millas, H., & Filippi, E. (1973). *Anatomía de un fracaso. La experiencia socialista chilena*. Santiago: Editorial Zig-Zag.
- Montealegre, J. (2003). *Frazadas en el Estadio Nacional*. Santiago: LOM Ediciones.
- Palieraki, E (2003). Las manifestaciones callejeras y la experiencia de la unidad popular (1970-1973). *Pensamiento crítico. Revista electrónica de historia* 3, 1-28.

<http://es.scribd.com/doc/87128421/LAS-MANIFESTACIONES-CALLEJERAS-Y-LA-EXPERIENCIA-DE-LA-UNIDAD-POPULAR-1970-1973>

- Parot, C.L. (Directora) (2002) Estadio Nacional [DVD] Santiago.
- Pickett, A. (2003). *El partido de los valientes*. Santiago: Aguilar.
- Pinto, C. (2006). *UDI. La conquista de los corazones populares (1983-1987)*. Santiago: A&V Comunicaciones.
- Rigotti, A.M. (2013). Lecciones de la vivienda para construir ciudad: megaformas para la remodelación del centro de Santiago de Chile. Ponencia presentada al Terceiro Congresso Internacional de História Urbana: Cidade e habitação na América Latina 1930 1960, Brasília.
- Rozas, V. (2011). Ni tan elefante ni tan blanco. Arquitectura, urbanismo y política en la trayectoria del Estadio Nacional. Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales. Disertación para obtener el grado de Magister en Desarrollo Urbano.
- Salazar, M. (2011). *Las letras del horror* (tomo I: La DINA). Santiago: LOM.
- Teitelboim, V. (1988). *En el país prohibido. Sin el permiso de Pinochet*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Touraine, A. (1974). *Vida y muerte del Chile popular*. México: Siglo XXI.
- Urzúa, G. (1992). *Historia política de Chile y su evolución electoral: desde 1810 a 1992*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- Valdés, H. (1974). *Tejas verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*. Barcelona: Ariel.
- Valdivia, V.; Alvarez, R. & Pinto, J. (2006). *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*. Santiago: LOM.
- Verónica V. (2003). *El golpe después del golpe. Leigh vs Pinochet, 1960-1980*. Santiago: LOM.
- Valdivia, V. (2010). ¡Estamos en guerra, señores!: el régimen militar de Pinochet y el "pueblo", 1973-1980. *Historia*, 43, 163-201.
- Villegas, S. (2003). *Funeral Vigilado. La despedida de Pablo Neruda*. Santiago: LOM.
- Vidal, V. (1983). Neruda: evocación de su muerte. *Araucaria de Chile*, 24, 11-19.

Wessing, K. (2011). *Fotografía. El arte de visibilizar la pregunta*. Santiago: LOM.

## Referencias de Prensa

- Revista AUCA
- UNCTAD III (1972, Abril), Revista AUCA, 22.
- El Mercurio*
- Embanderamiento de la Provincia de Santiago (1973a, octubre 10). *El Mercurio*.
- Limpieza de la ciudad (1973b, septiembre 17). *El Mercurio*.
- Ordenan cambio de nombres marxistas en las poblaciones (1973c, octubre 17). *El Mercurio*.
- Diego Portales se llama el Edificio de la UNCTAD (1973d, septiembre 20). *El Mercurio*.
- Nombre oficial del Edificio Diego Portales (1973e, diciembre 15). *El Mercurio*.
- Edificio Diego Portales es desde hoy la Sede de Gobierno (1973f, octubre 15). *El Mercurio*.
- Sacrificio a dueñas de casa pidió Ministro de Economía (1973g, octubre 30). *El Mercurio*.
- Gobierno premió a los mejores estudiantes (1973h, diciembre 21). *El Mercurio*.
- Pobladores expresan respaldo a la Junta (1973i, septiembre 21). *El Mercurio*.
- Nuevo rostro en la población Ho Chi Minh (1973j, octubre 2). *El Mercurio*.
- Incentivo a la autoconstrucción (1973k, octubre 8). *El Mercurio*.
- Monumento en homenaje a mártires militares (1973m, diciembre 28). *El Mercurio*.
- Médico propone cambio de nombre a calle Suecia (1974a, enero 5). *El Mercurio*.
- ¡Cómo flota la niñez chilena! (1974b, enero 15). *El Mercurio*.
- Conmemoradas gestas de la guerra de 1879 (1974c, enero 14). *El Mercurio*.
- Inauguran plaza "Sargento Candelaria" (1974d, enero 18). *El Mercurio*.
- Monumental Parque O'Higgins inaugurará el Jefe de Estado (1974e, agosto 19). *El Mercurio*.
- "Saludamos al '11' con fervor patriótico y grandes esperanzas (1974f, septiembre 9). *El Mercurio*.

Entusiasmo (1974g, septiembre 12). *El Mercurio*.

Antorcha de la Libertad encenderá Gral. Pinochet (1975a, septiembre 8). *El Mercurio*.

Gigantesca concentración (1975b, septiembre 12). *El Mercurio*.

Preparativos finales para la celebración del 11 de Septiembre (1976, septiembre 10). *El Mercurio*.

Viviendas para 400 familias y escuela para 1000 alumnos (1978, septiembre 10). *El Mercurio*.

Inauguradas obras comunitarias en el mes de la patria (1979, septiembre 11). *El Mercurio*.

S.E. reiteró absoluto rechazo al comunismo y terrorismo (1981, septiembre 12). *El Mercurio*.

*Revista Estadio*

Una fusión necesaria (1978, noviembre 2). *Revista Estadio*, 1838.

*Revista Solidaridad*

Familia popular, el núcleo sufriente (1979, primera quincena agosto). *Revista Solidaridad*.